—¡Oh, perdonad, perdonad!—exclamó Delange con su constante sangre fría;—no tenéis derecho á quejaros: los hombres de que habláis están vestidos de pies á cabeza y tan presentables como nuestros más estirados *gentlemen*. Mejor pudiéramos avergonzarnos de Morin, Periéres y yo, ante tantas señoras cubiertas únicamente de tatuajes y collares, pero sin quejarnos sabemos bajar los ojos ó volverlos hacia vos.

—¡Eh, señor mío! no me convencen vuestras bellas frases—replicó la señora Poles que parecía ocuparse de nuevo de Delange y le hablaba agriamente.—Decidida estoy á romper el silencio, obligando al rey á mirarnos.

—Pero si ya os mira, señorita.

—¡Calle! ¡pues es verdad!—murmuró la señora Poles ruborizándose.

Lo cierto es, que Mounza, fatigado de ostentarse afectando una indiferencia que no sentía, dirigía hacia nosotros su profunda mirada oblicua, aunque no era la señora Poles la que parecía atraer su atención. No obstante su rudeza, habíale chocado sin duda la belleza de la señora de Guéran, y entre dos bocanadas de humo la contemplaba á hurtadillas.

—¿Sería bueno que me adelantase á hablarle?—dijo de pronto la señora Poles.—Ya he conseguido fijar su atención y quizá agradarle...

—Guardáos bien, señorita—interrumpió Nassar sentado junto á nosotros como intérprete;—nadie puede aproximarse al trono sin ser llamado; eso constituye un crimen que

Mounza castigaría en el acto con la muerte.

—Y no olvidéis—continuó de Morin envolviéndose en una nube de humo—que *ese señor*, como vos decís, no tendría sino que hacer un gesto para que nos pusieran á todos nosotros en el asador. Mirad á nuestros Nubios: de tal suerte conocen el peligro, que contra toda su costumbre permanecen mudos é inmóviles. José está embrutecido por el terror; no pueden abrir la boca los más inmediatos, sin que tiemble como un azogado, y si se le ocurre al rey hacer «Brr», al infortunado se le doblan las rodillas.

No quedó convencida la señora Poles con este nuevo discurso; pero al menos permaneció callada. El rey acabó por dar señales de vida.

XXXV

Habíase levantado y recibido de una de sus mujeres un instrumento bastante parecido á un sonajero de niño: era su batuta. Le agitó solemnemente, y en el acto las trompas, las trompetas, los timbales, las campanas grandes y chicas, toda la faramalla, toda la batería de cocina de los Mombouttous nos propinaron un estruendo superior á todos los precedentes.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, la bron-

ca voz de la orquesta callaba para dejar lugar á algún solo: adelantaba un músico y arrancaba de su inmensa trompa sonidos encaminados á imitar el rumor del viento, trinos de pájaros, rugidos de león ó el mugido de la tempestad. Entre los pueblos primitivos siempre merece favor la música imitativa.

Terminado el concierto, volvió á su trono el monarca á los gritos repetidos de *¡Ih, ih, Mounza, tchupi!* y le comprendimos dispuesto después de hacerse admirar bajo el aspecto plástico y como jefe de orquesta, á dejarnos gozar de su conversación.

Adelantó Nassar por orden mía, al espacio libre entre el rey y nosotros, y Mounza declaró que quería hablar al jefe de la caravana.

Cuando tal deseo nos fué transmitido, rogamos á de Morin que nos representara. Se levantó éste, cogió su banquillo, le plantó en el recinto reservado al lado de Nassar, y se sentó tranquilamente frente al rey, con tanta holgura como si se hubiera hallado en los salones de nuestro Club.

Pero Mounza no parecía satisfecho de aquellas maniobras; parecía decir, señalando á de Morin: «No es ese el que yo quiero, os engañáis,» mientras señalaba á José.

—Aquel no es el jefe—respondió Nassar;—es un criado, un esclavo. Tú no has de conversar con un esclavo, gran rey.

—No, no—insistía Mounza;—es el jefe,—y señalaba la corbata y el frac de José.

Comprendimos que Schweinfourth dos años antes llevaba, en calidad de hombre de ciencia,

al ser recibido por el rey, frac negro y corbata blanca. Al ver á nuestro ayuda de cámara en el traje oficial, exactamente como el viajero alemán, había creído Mounza á José el más importante de nosotros.

Nassar continuó mostrándole su error, pero lo logró con dificultad: siempre el rey repetía: «Así iba el hombre blanco... ¿por qué habéis vestido á vuestro esclavo como el gran jefe?»

Porque nos habría llamado impostores si le hubiéramos dicho que entre nosotros los más encumbrados personajes, los ministros y los soberanos usan idéntica *toilette* que el más humilde camarero de fonda. Hubimos de buscar otra explicación, y para no perder á Schweinfurth á los ojos del monarca africano, declaramos que estos dos años había cambiado la moda entre nosotros, y que solamente de Morin, Delange y yo llevábamos el traje apropiado á nuestro rango. No era muy clara la cosa para el soberano de un pueblo en quien jamás cambian las modas; pero dignose Mounza aceptar la explicación, ó quizás con la penetración de que más tarde había de darnos tantas pruebas, comprendió, comparándoles, que el hábito no hace al monje.

Con ayuda de Nassar, pronto pudo trabarse la conversación entre mi amigo y el africano monarca. Había éste vuelto á su postura abandonada, y sacaba de su pipa por intervalos iguales bocanadas de humo que lanzaba luégo á revolotear por los aires. De Morin, á caballo sobre su banquillo, con el cigarro en los

labios, la pierna derecha vertical y las manos cruzadas sobre las rodillas, había adoptado una rara postura, pero que podía tomar Mounza por respetuosa.

Entre los cortesanos, las mujeres y nuestra escolta, reinaba un silencio profundo: disponíase á hablar el rey, y nadie hubiera osado alzar la voz.

Desde las primeras palabras pudieron darse cuenta de su inteligencia los europeos, y comprendieron que había que agradarle.

—¿Quién sois? ¿De dónde venís? ¿Qué razones os traen á mis estados?—preguntó Mounza.

—Somos—respondió de Morin—grandes personajes en nuestro país; viajamos por gusto, y hemos venido á verte.

—¿Dónde oísteis hablar de mí?

—Por Schweinfurth, que alaba tu poder, tu generosidad y tus virtudes. Allá en el Norte hablan de ti los reyes, los grandes y el pueblo.

Pareció enorgullecerse Mounza: se animó su mirada y se enderezó ligeramente en su trono.

—¿No ha dicho sino bien de mí el blanco? —preguntó.

—Verdaderamente, tú sólo bien le has hecho.

—Cierto, pero no le concedí lo que me pedía, no le permití ir hacia el Sur, como él quería. ¿Sabías tú eso?

—Sí, lo sabía, y además las razones de tu negativa.

Pareció asombrarse el rey.

—Dilas—exclamó: el monarca —quiero que las digas.

—No deseo otra cosa—respondió de Morin,—tanto más cuanto apruebo tu conducta. Temías que Abd-es-Samate, acompañando á Schweinfurth, estableciese relaciones mercantiles con los reinos vecinos á tus estados por el Sur, por el Este y por el Oeste. Si en lugar de ir con él, Schweinfurth hubiese ido solo, tú le hubieras permitido atravesar tu reino, como nos lo permitirás á nosotros que no comerciamos en marfil ni en esclavos.

—¡Ah!—exclamó el monarca:—¿queréis ir al Sur?

—Proyectamos—contestó atrevidamente de Morin—pedirte la autorización.

Mounza miró por primera vez á nuestro amigo cara á cara, y le dijo:

—Entonces no has abandonado tu país sólo por verme, cuando quieres conocer á mis vecinos.

La observación era justa; pero por dicha, de Morin no se dejó aturdir.

—Hemos venido á visitarte—dijo;—pero habremos de volver y no queremos seguir la misma ruta.

—Vienes del Norte y debes volver hacia el Norte—dijo Mounza.—¿Por qué hablar de ir al Sur?

—Porque al Sur encontraré antes el mar y los barcos que me volverán á mi país sin necesidad de andar.

—¡El mar!—repitió el rey melancólicamente—Sí, el blanco me habló de eso; pero no le

entendí. Explícame tú, si puedes, lo que es el mar.

—¿Tienes en tus estados lagos, lo que en el Este se llaman *Nyanzas?*

—No, no tengo.

—Pero tienes muchos ríos.

—Rios sí: el *Gadda*, el *Kibaj*...

—¡Pues bien! El mar se compone de un número infinito de ríos sin orillas, puestos uno junto á otro.

Mounza cerró los ojos, para procurar representarse lo que le describía. ¿Lo logró? No lo sabemos: no volvió á hablar de ello. Cuantos europeos, por lo demás, han intentado dar idea del mar á los pueblos del interior, han quedado sin conseguirlo; obsérvase que la imaginación es rebelde á tal imagen. Quizás el señor de Morin hubiera hecho mejor tomando como punto de comparación al cielo, diciéndole que era un cielo vuelto, cuyos límites no alcanzaba la vista y que tenemos delante en lugar de tenerle encima.

El rey continuó:

—De suerte que por llegar al mar es por lo que quieres atravesar mis estados y seguir al Sur.

—Sí, en primer lugar es por eso; pero tenemos además otra razón—contestó atrevidamente de Morin.

—Dímela.

—Ahora no, porque nos oye mucha gente; los blancos no acostumbran á decir sus secretos á la multitud. Cuando te dignes concedernos, como á mis amigos, una audiencia particular, te diremos el verdadero fin de nuestro viaje.

—Bueno—dijo el rey, halagado interiormente por la confianza y la distinción que se le establecía con sus súbditos:—mañana al ponerse el sol os recibiré.

Calló un instante, pero se conocía que le quedaba algo por decir. Con el codo en el brazo de su trono y la cabeza en la palma de la mano, miraba de tiempo en tiempo hacia nosotros, pareciendo llamar siempre su atención la señora de Guéran. Sus grandes ojos rasgados de un negro profundo, pero velados y como fugitivos, volvíanse instantáneamente hacia ella; debía desear preguntarnos algo, y temer al mismo tiempo ocuparse de nosotros más de lo que su dignidad permitía.

Por último, pudo más la curiosidad que el orgullo, y dirigiéndose á Nassar:

—Pregunta al jefe—le dijo—quiénes son los dos blancos que están á su lado.

Tomaba sin duda este rodeo para llegar á la señora de Guéran, que le importaba más que nosotros.

Tradujo Nassar, y de Morin respondió sin vacilar:

—Son mis dos hermanos; uno es un sabio—y me señalaba;—escribe como has visto hacerlo á Schweinfurth. El otro es un gran médico; cura todas las enfermedades.

—¿Y aquella vieja?—preguntó el rey de pronto, señalando á la señora Poles.

Nassar, no muy contento con la tiesura de

nuestra querida inglesa hacia él, en lugar de atenuar en su traducción la frase de Mounza, la repitió en voz alta y clara; fué tanto más cruel para la señora Poles, cuanto que al verse señalada por el rey, se había incorporado á medias en su asiento, se había quitado los anteojos, y sonreía de su más gracioso modo.

Cuando oyó decir «aquella vieja,» cayó primeramente sobre su banquillo como si recibiera una bala de cañón en medio del pecho; después, botando, se enderezó sobre sus largas piernas, y gesticulando, roja de cólera, echando chispas por los ojos, púsose á apostrofar al rey.

—¡Una vieja! ¡una vieja!... ¡Me llama vieja ese salvaje, ese vándalo, ese antropófago! ¡Ya quisieras viejas como yo! ¿Ignoras, espantoso Pachá, que en tu harem no hay mujer que me llegue á los talones? ¡Vieja, vieja á mí, á mi edad?

A pesar de todos nuestros esfuerzos, no conseguíamos calmar á la irascible inglesa, hasta que lo consiguió la señora de Guéran, recordándola que en aquellos países una mujer pasa por vieja desde los veinte años, y que ella misma, no obstante su manifiesta juventud, se encontraba ya en la misma categoría que la señora Poles.

El rey, sin preocuparse de los gritos ni de los ademanes de la señora Poles, sin ocuparse de la escena, de la que, por otra parte, nada comprendía, comía tranquilamente bananas y nueces de *cola*. Había sí, esta vez, tenido la atención de ofrecer á de Morin, quien, á caballo siempre en su banquillo, mondaba apaciblemente una banana, y daba al rey en voz baja, por el intermedio de Nassar, noticias sobre la señora Poles, que parecían regocijar al monarca.

Por último, Mounza, renunciando á más rodeos en torno de la verdadera cuestión, dijo bruscamente á Nassar, señalando con los ojos á la señora de Guéran:

—¿La mujer blanca será sin duda esposa del jefe?

Nuestro intérprete, al que se le había encargado no diese contestación alguna que no le hubiésemos transmitido, pasó á de Morin la observación de Mounza.

—Dile—replicó nuestro amigo—que yo no tengo esposa.

Al transmitirle la frase, abrió el rey desmesuradamente la boca y toda la corte le imitó, asustando terriblemente á José y á los Nubios de la escolta: creyeron llegada la hora del festín y que iban á pagar el pato.

En cuanto á las mujeres, no se contentaron con abrir la boca, sino que fueron atacadas de un acceso de hilaridad, aunque habituadas á no manifestar cosa alguna ante su real esposo. Este último, así como sus cortesanos, acabó también por soltar la carcajada. Sultán, en posesión de trescientas ó cuatrocientas mujeres, si contamos sus suegras y sus cuñadas, debía concebir difícilmente que pudiera un hombre contentarse con una mujer sola. Mas su alegría no debía ser sino momentánea: volvió á ponerse serio su rostro, impasible, é hizo

preguntar á de Morin cuál de sus compañeros era marido de la mujer blanca.

—No es mujer de ninguno de nosotros—contestó de Morin:—es nuestra hermana.

—¡Ah! ¡Es su hermana! ¡Muy bien!—repitió tres veces Mounza.

Pero no parecía convencido: entre los africanos el amor de familia es muy restringido, y no crea ningún deber: vése á las mujeres acompañar su marido á la guerra, ó á una expedición; pero las madres, las hermanas y las hijas no llevan á tanto su abnegación.

Así, Mounza, tras un instante de reflexión, manifestó sus dudas: parecíale extraordinario que la mujer blanca hubiese emprendido tan largo viaje, llegando hasta su corte sin otra razón que la de no separarse de sus hermanos.

Comprendió nuestro amigo que precisaba una explicación natural de la presencia de la señora de Guéran entre nosotros, y pronunció estas palabras, que Nassar tradujo:

—No he dicho que nuestra hermana no tenga razón particular para acompañarnos. Precisamente para decirla al rey, le hemos pedido audiencia privada.

Mounza no pensó ya sino en levantar la sesión.

Nada más fácil: hizo una señal, y toda su corte, acostumbrada á obedecerle al vuelo, entonó el himno: «¡Ih, ih, tchupi! ¡Ih, Mounza, ih!» Respondió él con un «Brrr» potente, que parecía dirigido á nosotros, y salió majestuosamente como había entrado, seguido de

todas sus mujeres, entre el estruendo de los timbales, de los cascabeles, de las trompetas, de los tambores y de las trompas de marfil.

XXXVI

Parece ser que Mounza nos ha demostrado grandes miramientos: ordinariamente recibe con mucha mayor frialdad á los extranjeros y rara vez se le ve dirigirles la palabra. Preciso que nos estime mucho para haber conversado tan largamente con nosotros.

Podemos darnos cuenta de nuestros progresos en el favor real, comparando la actitud de los cortesanos después de retirarse el monarca, á la que con nosotros guardaban antes de su llegada. Silenciosos, reservados dos horas antes, ahora se muestran afectuosos, comunicativos y sobre todo molestos. Nos rodean, nos preguntan, se oprimen por examinarnos de más cerca y tocar nuestros vestidos; algunas manos osan subir hasta nuestros rostros y nos vemos obligados á pegar con las vainas de nuestros machetes en los dedos más audaces.

Felizmente no pueden aproximarse á la señora de Guéran; con ayuda de Nassar y de los intérpretes, la rodeamos y la guardamos.

También la señora Poles es objeto de vivísima curiosidad; sus anteojos excitan asom-

bro, pero su figura profundo estupor. Tal vez los Mombouttous, como antes los Bongos, la toman por un hombre, y se admiran de verla usar el traje de la señora de Guéran. Sin embargo, la señora Poles no nos inquieta; es mujer capaz de defenderse á sí misma, y sin ningún respeto á los dignatarios del reino, aplica vigorosos bofetones sobre cuantos rostros osan aproximarse al suyo.

Después de salir de la sala de audiencia y de haber atravesado los patios y los jardines de palacio, volvemos á caer en medio de la muchedumbre que para honrar á los huéspedes de su rey, nos propina un nuevo tumulto y nos acompaña hasta nuestro campamento. En él solo nos vemos libres de sus importunidades, gracias á nuestros porteadores, que han tenido la buena ocurrencia de ocupar su ociosidad, mientras nuestra ausencia, en cercar el Kaal con una fuerte empalizada. Además, por una atención que debemos hacer subir hasta Mounza mismo, un piquete como de cincuenta hombres nos rodea é impide que se aproximen los curiosos.

Aún nos espera otra sorpresa real: bajo la gran choza que destinábamos á cubrir nuestros víveres y bagajes, encontramos un presente preciosísimo en nuestra situación presente. Consiste en alimentos de todas clases, granos, legumbres, frutas, cabras, volatería, cerveza; ha previsto todas nuestras necesidades, hasta nuestros deseos, y si se mostró poco comunicativo, sabe al menos ser inteligentemente pródigo.

Inmediatamente nos apresuramos á enviarle como nuevo regalo un objeto al que todos los africanos son á cual más sensibles, aunque no siempre sepan servirse de él, y le rompan con la mayor facilidad: una caja de música bastante grande. Añadimos un buen reloj, pero cuya caja es de cobre, puesto que siendo desconocido en la comarca el oro y la plata, se toman por cobre y estaño.

Esperando la comida que nos prepara nuestro jefe de cocina, un Nubio *cordón azul*, ayudado por dos peritas sudaninas, recordamos los acontecimientos del día: es evidente que Mounza está bien dispuesto en nuestro favor, pero ¿podrá darnos las deseadas noticias que en la entrevista de mañana vamos á pedirle? Empezamos á dudar; mientras su conversación con de Morin, ninguna alusión, ni aun indirecta, ha hecho al señor de Guéran; se acuerda elrey perfectamente de Schweinfurth, aunque tan fugitiva sea la memoria de los africanos, y de él ha hablado, pero no ha dicho una palabra que tenga relación con nuestro compatriota. ¿Por qué esa reserva? ¿Por qué ese silencio? ¿No sabe nada Mounza? ¿No ha visto jamás al señor de Guéran? ¿Ignora acaso que ese Europeo ha cruzado sus estados, como Nassar afirma y como él mismo escribe? Es difícil admitir tanta ignorancia: ¿cómo un déspota, servido por tantos emisarios, dejaría de conocer la llegada de un blanco á sus estados?

Hacemos comparecer á Nassar, para preguntarle si no le ha admirado el silencio del rey; si no esperaba oirle hablar del señor de

Guéran, que le ha visitado después que Schweinfurth. Responde nuestro guía que, efectivamente, esperaba hablase el rey de nuestro compatriota; pero añade: «Los negros olvidan fácilmente lo que se les dice ó se les comunica: sólo recuerdan bien los hechos. El rey de los Mombouttous ha visto á Schweinfurth, le recibió en su corte, le dió la mano: esos son hechos, y los recuerda; pero si sólo ha oído hablar del señor de Guéran, le ha olvidado.

—¿Admitís pues—le digo yo—que nuestro compatriota ha podido cruzar este país sin ver al rey?

—Sin duda—responde Nassar:—con el temor de ser retenido por Mounza, como lo fué mi amo Schweinfurth, se dirigió quizás al Sur sin detenerse.

—Algo se detuvo, puesto que le dísteis hospitalidad por veinticuatro horas.

—No fué en este distrito—responde con vivacidad Nassar;—fué más al Sur, del lado de Oriente, en un territorio dependiente del reino de Mounza; pero gobernado por uno de sus hermanos, por Degberra. Vigilaba yo entonces una factoría fundada por Abd-es-Samate, y Mounza no tolera ninguna en sus estados propios.

Esta explicación es admisible: el señor de Guéran en su carta habla del país de los Mombouttous; pero no nombra á Mounza. Este puede haber olvidado la presencia accidental en su territorio de un extranjero que no ha visto jamás; evocando sus recuerdos, obtendremos, sin duda, útiles indicaciones.

Nuestra comida, la mejor que en tres meses hemos hecho, gracias á la liberalidad del monarca africano, fué animadísima: únicamente José, que nos sirve siempre, presenta una tristeza desconsoladora. Nos presenta los platos con aire melancólico; tiembla al más ligero ruido: si le pedimos un tenedor en voz un poco alta, se aterra; le he sorprendido enjugarse una lágrima con la servilleta que llevaba al brazo.

Debería, sin embargo, estar orgulloso del papel que ha jugado en la audiencia: el rey de un gran pueblo, uno de esos soberanos respetados y temidos, sin oposición y sin lucha, como no se conocen ya en Europa, se ha dignado dirigirle la palabra, y tomarle un instante por jefe de la caravana. ¿No es sensible á tanto honor? ¿Desprecia ahora las satisfacciones de amor propio, cuando tanto las persigue siempre? ¿Qué ocurre en ese corazón trastornado?

Durante los postres obligamos á explicarse á nuestro doméstico: vacila, se hace rogar, y por último, á nuestras reiteradas instancias, toma una postura teatral, y de pronto declama:

—*Timeo danaos et dona ferentes.*

Nos miramos estupefactos; luego reímos á carcajadas.

—¿Pero sabes latín?—le dice de Morin cuando puedo hablar.

—Ciertamente—contesta José contoneándose.—Antes de ponerme á servir cursé el cuarto año en un Liceo provincial.

—¿Qué me dices? ¡El cuarto año! ¿Y de qué manera, como profesor tal vez?

—No señor.

—¿Como discípulo entonces?

—Aun no tanto.

—¿Pues cómo entonces?... Explícate.

—Como mozo, señor, como mozo; quitaba el polvo, encendía la chimenea, barría, y en los ratos de descanso oía las lecciones de los profesores, leía los cuadernos de apuntes de los alumnos y me instruía.

—¿De ese modo—continuó de Morin, que hacía los mayores esfuerzos para no romper á carcajadas en las barbas de su ayuda de cámara,—de ese modo conocéis el sentido de la frase que acabáis de decirnos?

—Sin duda, señor—replicó José;—*Timeo danaos et dona ferentes*, significa en español: temo á los griegos y sus regales.

—Perfectamente; pero ¿por qué nos has soltado ese axioma como quien nos suelta un perro?

—Caballero—responde gravemente José:—figuraba yo el color local, porque los griegos en mi pensamiento representan á los Mombouttos, y la palabra regalos significa alimentos, comida. Sería lo mismo si hubiese dicho: temo á los Mombouttous y las comidas que nos regalan.

—¿Y por qué ese temor, José?—preguntó de Morin.—¿Crees que estos alimentos están envenenados? Sería un poco tarde para decírnoslo.

—No, señor, pero nada me podrá quitar

del pensamiento que esta nación de antropófagos nos colma de presentes y nos engorda para comernos después con mayor gusto.

No pudo contenerse de Morin por más tiempo; se rió á mandíbula batiente y nosotros le hicimos coro.

José parecía escandalizado de nuestro acceso de alegría, y no dejaba de repetir:

—No es mi opinión personal la que transmito á los señores; es también la de los porteadores todos. Si han construído la empalizada en torno del campamento con tanto cuidado, es por miedo de ser atacados esta noche. ¡Ah! ¿Bastará para protegernos?

XXXVII

No obstante los temores de José y de nuestra escolta, pasamos una noche excelente bajo chozas bastante más cómodas que las de los anteriores días. Despertamos al siguiente día sin haber sido aún devorados, y como la audiencia no debía verificarse hasta la tarde, procuramos ocupar nuestros ocios.

De Morin, Delange y yo nos encaminamos á eso de las ocho hacia un arroyo que nos habían enseñado el día antes, y en sus límpidas aguas, preservadas del sol por una bóveda de follaje, tomamos un baño agradabilísimo.

Si bien nada nos ocurrió durante nuestra